

Hoy es uno de esos días en que las lecturas de la Palabra afectan más explícitamente en primer lugar a los pastores, a los que presiden la Eucaristía y predicán la homilía o tienen alguna clase de responsabilidad en la comunidad. Se puede decir que los que se "sientan en el banquillo de los acusados" hoy somos nosotros mismos, los predicadores y los "maestros". Tanto el profeta Malaquías como Jesús critican duramente a los "sacerdotes" y a los "escribas y fariseos", las clases dirigentes de su tiempo, por su hipocresía y el modo interesado de realizar su ministerio. Lo mejor es que los "pastores" lo reconozcamos humildemente y reflexionemos sobre si estos reproches nos afectan de alguna manera también a nosotros.

Malaquías 1,14b - 2, 2b.8-10. *Os apartasteis del camino y habéis hecho tropezar a muchos en la ley*

El profeta Malaquías, en el siglo V antes de Cristo, lanza un duro ataque a los sacerdotes de su época, por lo mal que realizan el culto y el mal ejemplo que dan en su vida. No buscan la gloria de Dios, sino la suya propia. Con sus interpretaciones de la ley, hacen "tropezar a muchos" y vacían el contenido de la Alianza. Entre otras cosas, porque hacen a menudo acepción de personas: "os fijáis en las personas al aplicar la ley". Ante esta desviación, el profeta les increpa: "¿no tenemos todos un solo Padre? ¿no nos creó el mismo Señor?". Por tanto, no deberíamos hacer distinción de personas a la hora de aplicar la ley. A estos malos sacerdotes se les dirige una fuerte palabra de reproche: "os enviaré mi maldición... os haré despreciables y viles ante el pueblo" (menos mal que han suprimido en esta lectura otra expresión que sigue en el original: "y os echaré estiércol a la cara").

El salmo, breve pero denso, hace decir al salmista: "mi corazón no es ambicioso, ni pretendo grandezas", con lo que cual hace eco, por una parte, a la acusación dirigida a los sacerdotes que se buscan a sí mismos en el ministerio, y preparan de antemano lo que Jesús nos dirá sobre nuestra conducta de humildad en la vida de la comunidad.

1 Tesalonicenses 2,7b-9.13. *Deseábamos entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas*

Pablo refleja en este pasaje la entrañable relación que tuvo y sigue teniendo con la comunidad de Tesalónica. Una relación de pastor diligente, una relación no sólo fraternal o paterna, sino incluso materna: "os tratamos con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos". El cariño que tuvo Pablo a esa comunidad, por otra parte correspondida por ella, es tal que puede afirmar que quería entregarles "no sólo el evangelio de Dios, sino hasta nuestra propia persona". Lo que les transmitió, y ellos aceptaron, no era meramente "palabra de hombre", sino en verdad "Palabra de Dios", y ahora está orgulloso Pablo de que, según las noticias que recibe de Tesalónica, esa Palabra "permanece operante en vosotros".

Mateo 23,1-12. *No hacen lo que dicen*

Jesús dedica hoy una fuerte crítica a los escribas y fariseos, los dirigentes de la sociedad. Les tacha de hipocresía: "todo lo que hacen lo hacen para que los vea gente", "les gustan los primeros lugares", "les gusta que les llamen maestros". Las "filacterias" eran unas pequeñas bolsitas, atadas con lazos a la frente o al brazo, sobre todo en el momento de la oración. Las "frangas" o "flecos" son unas telas cosidas al manto. Ambos elementos tenían un sentido religioso: las filacterias contenían las palabras principales de la Ley, como signo de obediencia y fidelidad. Jesús no les reprocha llevar esos elementos, sino hacer de ellos objeto de ostentación. Sobre todo, les reprocha que no cumplen lo que enseñan: "haced lo que os digan, pero no hagáis lo que ellos hacen, porque no hacen lo que dicen". Pone un ejemplo referente a su interpretación exigente y rigurosa de la ley: "lían fardos insoportables a la gente y ellos no mueven un dedo para empujar".

Los verdaderos guías del pueblo no tienen que pretender que les llamen "maestros", o "padres" o "consejeros", porque sólo Dios y su Enviado, Cristo Jesús, son los auténticos maestros y guías. La consigna final afecta de lleno a la actuación de un pastor en la comunidad de Jesús: "el primero entre vosotros será vuestro servidor".